

tan célebres como Vm. había juzgado por lo exterior, siendo como muchos hombres comparados á los frutos de cáscara dulce y corazón amargo?—Vm. tiene razón, le respondí, por lo que ha oído; pero oigamos la glosa que ya pasa á leer y que escribió sobre el asunto y redondilla de la segunda Academia, y veamos si se enmienda su numen en los aciertos que procura le aplauda; y oiga textualmente su musa, que yo, por lo que le estimo y prendas con que me he empeñado en alabarle, no obstante ejercer el oficio inflexible de fiscal, le interpretaré á su favor todo cuanto pueda en su poesía. Rodríguez que no acababa de persuadirse de mis propuestas, desconfiado de su habilidad y de mi integridad también, y por la pasión que yo mostraba de propalar á la interpretación que le ofrecía, me dijo:

que yerre como el soneto
temo el texto que lee ahora,
si más que lo literal
no le hace acertar la glosa.

—Oigámosla señor Rodríguez, le dije, y no nos adelantemos los pesares, porque si de dos nadie la yerra, ó mienten los adagios ó ha de acertar en esta segunda poesía. Conformóse Rodríguez, y habiendo oído, reparó ingeniosamente que en la primera décima decía, hablando del pastorcillo, enamorado y perdido por su pastora, este verso:

Muere con que y con porque

Y no fué poco que no dijese que moría por esto, y por el otro, y por aquello; pero como todavía no había parido el mar de los Chorrillos la ballena, y hasta entonces no había usado esta tan enfática locución cierto poeta de la cuarta clase, se contentó nuestro Rojas con el *con que* y el *por que* mondo y lirondo, sin el *para que* que no puedo dejar de echar de menos ni conocer en el poeta que no tuvo otro fin que le estimulase á escribir que escribir por escribir, conque para descargo de mi conciencia y por haber visto á *que con que* y el otro *por que* sin *para que*, no me pude dispensar de decir en alta voz, solo para disculparle en cuanto puedo y él ha menester,

con su *porque* escribe Rojas
y un *porque* no más, y esto es
porque no digan que escribe
sin *porqué* ni *para qué*.

—Ya, señor mío, me dijo Diego, (casi montado en cólera) poco á poco va Vm. cayendo de su asno.—Déjeme Vm. por vida suya, que no estoy para gracias, le respondí, y pues de tres va la vencida, oigamos lo que ha escrito en la tercer Academia,

y si en ella no viéremos reparado tanto motivo de censura, me daré no sólo por vencido, sino por convencido también de mi error y de los suyos. Vaya muy en hora buena, dijo Rodríguez, Vm. por ella, á trueque de que se desengañe.

Estando así convenidos, empezó á leer el señor Rojas la tercera poesía de la tercer Academia que era el vejamen que dió á Narciso por haberse enamorado de sí mismo, y cierto que temí no le sucediese otro tanto á nuestro poeta viéndose duplicado una vez en el espejo de cristal (que no perdía de vista) y otra en el del liso papel, del que no dejaba apartar sus ojos, quizá porque veía en el uno retratado su cuerpo y en el otro retratada su alma. Oímos por esta razón, con doblado susto, los dos el romance, y en la quinta copla de él observé que decía así:

Fué á lavarse y se alabó,
y allá á su capote dijo:
maldito seas mi gesto;
nunca fueras tú tan lindo.

Cierto que me pesó de haberla oído, porque viendo que introduce á Narciso en los versos de ella, que dice á su capote y no á su sayo (que es la común y usada locución, pues todos dicen dije á mi sayo, y no á mi capote) la maldición que le echa, hube precisamente de confesar á mi antagonista Rodríguez, conformándome con su opinión, y asentada la de que no sabe vestirse al uso con sus versos, después de haberse ensayado en las dos Academias antecedentes, lo que en esta quintilla se contiene:

No es este poeta payo
ni va del Pegaso al trote,
pues, aún con muy grande ensayo
de sus versos un capote
sabe hacer, pero no un sayo.

Pues ya con esa triplicada experiencia, qué quiere Vm. ni yo oír más? me dijo Rodríguez.—No obstante, amigo, le respondí, oigamos las coplas del romance que ha escrito y empieza á leer en la cuarta Academia sobre los motivos que tuvieron las damas de Lima para concurrir á ver la ballena que varó en los Chorrillos, y veamos lo que sale. Respondióme Rodríguez:—de la ballena y de mi pluma, no espere Vm. salga cosa de importancia, y solamente crea que no saldré profeta verdadero en lo que tengo predicho; pero ya que Vm. lo quiere así, oigámoslas. Oimóslas, y en la primera se dejó ver no solo la semejanza de las otras, sino la desemejanza de su cortesanía acostumbrada con las damas, porque en sus versos dice:

Cuatro motivos me piden
del ir á ver la ballena
á chorrillos las beldades,
y á diluvios las bellezas.

Así que oyó Rodríguez el tercer verso de la copla de esta cuarta Academia y romance suyo, me dijo:—¿No ve Vm. cómo cuatro son las Marías, y que este caballero en esta última (que ojalá lo fuera) no falta solo á lo que Vm. esperaba de él, sino también á la cortesanía?—Pues en qué? le respondí.—En qué? prosiguió Rodríguez. Pues no dice que salieron á Chorrillos las beldades de esta corte?—Pues no salieron? le repliqué.—Sí, señor, que salieron, me respondió, pero á Chorrillos; pero á chorrillos no lo puedo llevar en paciencia, y es una fealdad que asienta y un error muy grande que comete en decirlo, pues

que á chorrillos las beldades
saliesen, mal se compone;
pues cuando de Lima salen
las beldades dan gran golpe.

—En fin, señor Rodríguez, digo que Vm. tiene razón que le sobra y yo no quiero contrapuntera con Vm. pero ya que estamos acá no dejemos de oír las seguidillas que tiene dispuestas y en la mano para leerselas á Caliope, y hágame Vm. favor de aguantar un poco más, por vida suya.—Vaya en gracia, me respondió Rodríguez, aguantémonos. Y quedándonos los dos con tanto oído aplicado, ya que no pudimos con tanta boca abierta, fuimos escucha de aquel locutorio (que libraba sólo entre muchos yerros nuestro Rojas) de cuyas rejas era la mejor Caliope.

Al mirar su blancura
en su mano breve,
no ví si era de hielo
ó si era de nieve.

Por cuya razón me quedé con tanto hielo y tanta nieve helado, frío y pasmado, y no sólo si aún con tanta blancura diese en el blanco del acierto sino que también, sin acertar, errase sin disculpa ni motivo; lo primero porque á la dama la da la mano breve, siendo así que es imperfección que tenga los dedos de ella (que la constituyen) proporcionalmente largos, y que el pie de dicha seguidilla (que es este; *ó si era de nieve*)—tenga más sílabas de las cinco de que no puede pasar; y con estas circunstancias tan reparables, es preciso vejarle del pie á la mano, ya que escuso hacerlo de pies á cabeza, haciendo saber á todos cuan quejosa y ofendida debe quedar (más que la poesía) la dama de su pintura:

Dos agravios hace Rojas
á la dama, en su retrato;
pues que la ha pintado con
mano breve y el pie largo.

URANIA Y EL SEÑOR DOCTOR DON PEDRO DE PERALTA Y BARNUEVO

Después de esto pasé á reconocer el lugar de la celeste Urania, que estaba recostada en la baranda de un corredor de transparente mármol, sobre su brazo izquierdo, estribando con él un pie sobre el pavimento y el otro sobre una tarima, teniendo en la una mano una vara de ballestilla, y la otra sobre un globo celeste, y delante de sí una esfera armillar y la luna creciente encima de ella, con el sol á las espaldas, y coronada de siete estrellas con diferentes instrumentos astronómicos, y la suave flauta (que con dulzura alienta) á sus pies; y luego que la ví me puse á discurrir que, en su gabinete, había de encontrar al poeta celeste como ella, el señor doctor don Pedro de Peralta, respecto de que per-alta da todos cuantos pasos camina y menudea, la que se conforma con dos redondillas de un rótulo, que servía de pedestal á un reloj de péndulo y de repetición, que decía así:

Son mis armonías tales,
en la altura de mi metro,
que hasta con ellas penetro
las esferas celestiales.
Sus movimientos veloces
todo mi estudio suspenden;
y aunque nunca paran, penden
del órgano de mis voces.

Y así fué, porque luego se me ofreció á la vista, en un abrir y cerrar de ojos, y no fué poco, á causa de que es tan menudo (no digo de contextura) sino depreciado y formal, que no es fácil comprenderle, si no se explicara por corpúsculos como buen cartesiano. Víle, y admiréle y díjele: á Vm. vengó buscando, señor don Pedro,

y no lo extrañe; lo imploro
porque, en aquesta ocasión,
viniendo á ser su buscón
sólo de una mina de oro.

Que tengo que ajustar con Vm. una cuentecita aritmética, un cómputo cronológico, y una suputación de tablas, y trescientas cosas más. Respondióme: écheme Vm. más melocotones, que para todo hay plato; porque la aritmética la poseo cabalmente;

la cronología, en todo tiempo; en la suputación soy el primero sin faltar ni un segundo; y para las trescientas, ni Juan de Mena dará mejor razón de ellas que yo; y así desembuche Vm., aunque sea gran pájaro, y sea presto; porque me llama, dándome voces desde el cielo, una inmersión de uno de los satélites de Júpiter, y no puedo absolutamente detenerme en esas niñerías tan comunes; porque si me tardo, voló la observación y el mundo quedará (como antes) sin enmendar, y tanto más cuanto que faltan las efemérides del incomparable Argolio, basa principal en que estriba toda la máquina del orbe, y es menester llenar todos los espacios imaginarios. Entonces le dije:

por eso yo le suplico
no ande tan atropellado,
porque nunca de sus prisas
podrá llenar los espacios.

Sin embargo, conocí que pedía justamente lo que venía tan ancho á la razón, y luego proseguí diciéndole que la cuenta aritmética era que me dijese cuantas son cinco; y el cómputo cronológico cuanto tiempo había corrido desde el parto de Herodes acá, y la suputación de los movimientos del marqués de Brenes y de Feliz de Sentmanat. Respondióme luego sin detenerse más que en lo que hablaba, diciendo que los movimientos de los dos referidos caballeros caballeros, se suputaban por el azogue de Huancavelica; á lo que le dije:

ya con eso usted ha hallado,
por uno y otro individuo,
el imposible problema
del movimiento continuo.

Prosiguió diciendo que el cómputo del parto de Herodes se sacaba por la vida de tantos inocentes poetas circunstantes, del cual había escrito un tomo muy erudito y grande don Pedro Sierra, el menor; y la cuenta aritmética de cuantas son cinco se sacaba por el número de las coplas que él había escrito en el libro primero de la sesión tercera, capítulo de otra cosa, á la Academiática establecida para repentinos, gongorinos y cascantinos poemas. Díjele, entonces, cuan agradecido quedaba á las soluciones que tan doctamente había dado á mis dudas; pero con ellas me dejaba atado (con perdón de loco) á la curiosidad y áun necesidad de verlas y oirlas. Respondióme algo severo: pues ahora se viene Vm. con eso, cuando la fama, por boca de Diego Rodríguez, las ha pregonado por todos los cuatro puntos cardinales de Lima, de cuyo sonoro acento resonaron los cóncavos de San Andrés, y al aire de su voz, (que es otra tropa con todos) el mundo tembló del mundo?—Allí verá Vm. cuan desgraciado he sido, le res-

pondí, que viéndome ya en papel, no por descuadernadas, sino para sazonar con su salado picante plata de tan suave ambrosía, en las tiendas, entre muchas otras drogas, no he podido conseguir el que ni una hoja de tanto pliego viniese á mis manos.— Créame Vm., continuó á decirme, que lo que á Vm. le sucede sucede con todos, porque aun los demás dicen que cosa como mis coplas nunca han sido vistas ni oídas, y esto sin hacerme á mí las coplas nadie. Tales son, y para que Vm. no quede desconsolado, y lo confirme, aquí las tiene Vm. aunque en borrón. Rodríguez que lo advirtió me dijo:— mire Vm. que estas son escritas en la Academia quinta, que es la de enmedio de las cuatro; pídale Vm. las primeras y últimas, si quiere vejarle regularmente.— No haré tal, le respondí, que por esa misma razón de no ser estas ninguna de la de los extremos, sino la de el medio, le está mucho más á cuento el vejamen que debo y deseo darle:

Que no he de vejarle
por los extremos,
sino que he de cojerle
de medio á medio.

Pusómelas en la mano, y habiendo reconocido el asunto, que era dar un vejamen á Narciso, en quince coplas, empecé á leerlas de esta suerte:—Singular.

Nominativo: tuus, tua, tuum.
Genitivo: tui, tua, tui.
Dativo: tuo, tua, tuo.
Acusativo: tuum, tuam, tuum.
Vocativo: tuo, tua, tuo.
Hablativo:

Tenga Vm., me dijo, ah! señor mío, qué está diciendo?—Cómo qué estoy diciendo? Declino el pronombre tuus, tua, tuum, que está aquí escrito. Hablativo á tuo, tua, tuum.—Tenga, dijo Peralta, hay tal caso?—Si, señor, como Vm. verá.—Plural.—Nominativo.—Venga ese papel, me dijo con furor poético, y oiga y míreme, que ya le leeré las coplas, *verbo ad verbum*, y con tales expresiones de afectos, que Narciso no se vió mejor copiado en el cristal que ellas en mi voz. Y habiendo leído hasta seis le dije:—No ve Vm., señor don Pedro, como yo no he errado en leer por ellas el tuus, tua, tuum.—Hay tal dislate? me respondió con un gesto, ¿pues qué tiene que ver *tuus* con mis versos?—Mucho, le respondió Rodríguez,

pues, siendo los versos propios,
sigue la regla común
de cuidar de ellos, pues sutil
nos dice á lo tuyo tú.